

Dibujo del Arquitecto Luis Menéndez Pidal.

ARQUITECTURA ESPAÑOLA CONTEMPORÁNEA

Dos proyectos de alumnos de la Escuela de Madrid.

Difícil es la composición arquitectónica. Cuando en la Escuela tuvimos que hacer los primeros proyectos, muchos de nosotros pasamos momentos amargos, tratando de llevar al papel unas formas que buscábamos febrilmente en la imaginación. Las tardes transcurrían para casi todos los alumnos en la Biblioteca y allí, repasábamos montones de libros de arquitectura moderna, pidiéndoles una sugestión más ó menos honrada que facilitase nuestra labor. Unos miraban con predilección revistas y libros alemanes, otros vieneses, muchos pedían siempre los tomos de concursos franceses, y había quien se pasaba las horas contemplando los proyectos del italiano Mancini. Nosotros manejábamos constantemente los magníficos tomos alemanes del renacimiento en Toscana y los ya antiguos de Letarouilly, "Edifices de Rome moderne".

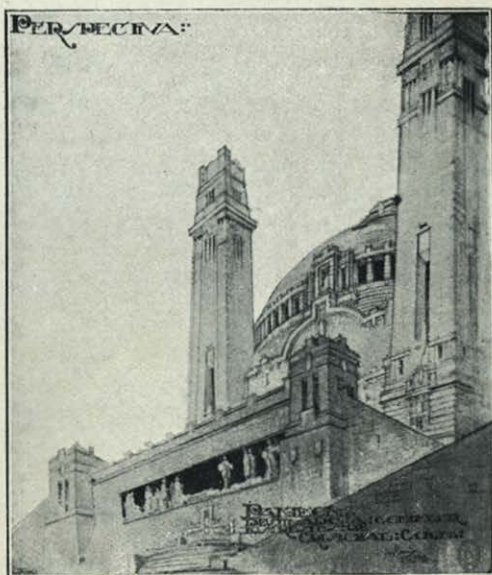
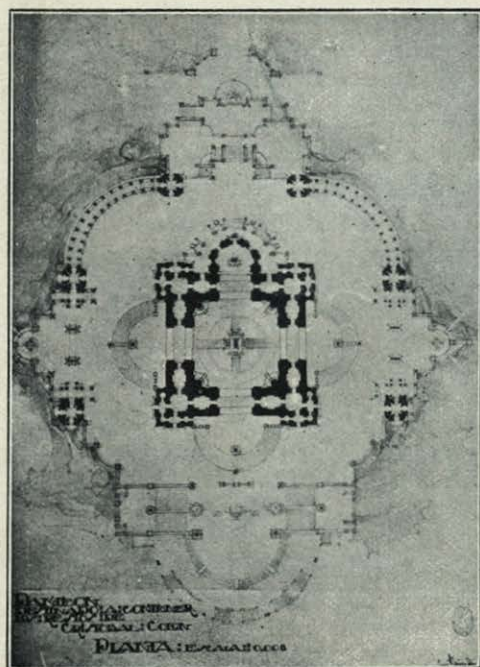
Era la época de los proyectos fantásticos, sin presupuesto, sin pliego de con.

diciones, sin tener que dar detalles de obra, sin responsabilidad alguna, ya que de la bondad de los maestros era de esperar un aprobado á fin de curso. No concebíamos edificios que tuvieran menos de 60 metros de fachada, ni cúpulas de menos de 40 de altura. Adquiríamos entonces libros de croquis y de proyectos, pensando que una nutrida biblioteca de ellos, nos sería de mucha utilidad en el ejercicio de la profesión.

Por fin, un día, nos encontramos poseedores de un título. Recibimos los primeros encargos, edificios modestos, pequeños, en los que se iba á emplear un capital que tenía que producir una cierta renta. Acudimos á los numerosos libros alemanes, austriacos, italianos y franceses, que llenaban nuestra biblioteca. Y después de un detenido examen de todos ellos, ninguno nos facilitó la solución de los muchos problemas que se nos presentaban. A fuerza de trabajo—y de equivocaciones y errores, hay que confesarlo—fuimos resolviéndolos todos, y la obra, una vez contratada, comenzó á ejecutarse. Empezamos á tratar con gentes que nos hablaban un lenguaje extraño. Eran el cerrajero, el carpintero, el pintor, y otros muchos. Teníamos que dar los dibujos de las cancelas de hierro, de los miradores, de la barandilla de la escalera; teníamos, entre otras varias, que dar la memoria de carpintería. ¿Qué clases de hierros empleábamos en esas obras? ¿Qué escuadrias de madera deberíamos usar en los cercos, por ejemplo? Entreteniéndolo á los maestros de los diferentes oficios, aplazando sus consultas, nos pusimos á estudiar todas aquellas cuestiones de las cuales no teníamos ni una idea remota. Volvimos á acudir por segunda vez á los libros de nuestra biblioteca y vimos con dolor que nos habíamos gastado el dinero inútilmente, pues no nos resolvían ninguno de los problemas que el ejercicio de la profesión nos planteaba. Y entonces cogimos un metro y nos pusimos á estudiar y á medir las puertas de hierro de las casas por las que pasábamos, los cercos de los balcones de nuestra propia vivienda, todos los detalles en fin, que habíamos tenido ante la vista constantemente y que no nos habían enseñado á ver. Una vez más la observación de la cotidiana realidad era la más provechosa enseñanza. Y los libros con los palacios vieneses, los colosales monumentos germánicos y las lujosas viviendas parisienses, quedaban arrinconados, como cosas de escasa utilidad.

Alguien pensará tal vez, adulado en su analfabetismo y antipatía á los libros, que la moral de esta historia tan repetida, es que un arquitecto no debe frecuentar publicación alguna. Todo lo contrario. Para la formación del gusto de un constructor, para el desarrollo de la imaginación proyectista que debe poseer, no hay procedimiento mejor que el examen de innumerables construcciones que, ya que no puedan verse en la realidad, deben estudiarse reproducidas. Pero no hay que pedir á los libros que las representan más de lo que puedan darnos.

La práctica cotidiana de la profesión, los mil pequeños detalles que es preciso conocer para dirigir una obra, se aprenden al tener que resolver urgentemente los problemas que esa dirección impone. Sensible es que en los numerosos años de vida escolar no se nos iniciase en esas cuestiones prácticas, para que el choque con la realidad fuese menos brutal y los maestros de los diferentes oficios, en sus primeras entrevistas con nosotros, no pensasen que en vez de estudiar arquitectura, equivocadamente habíamos seguido enseñanzas muy distintas.



PROYECTO DEL ARQUITECTO
LUIS MENÉNDEZ PIDAL.





ARQUITECTURA ESPAÑOLA
CONTEMPORÁNEA

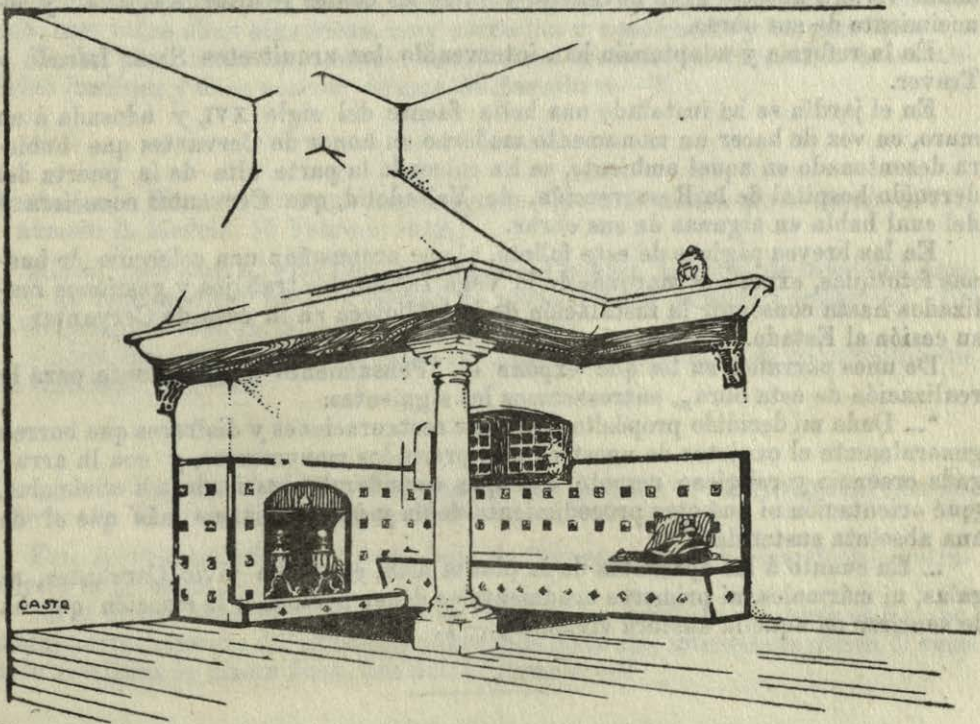


DECORACIÓN DE LA PERFUMERÍA DE
LA CALLE DE SEVILLA, 8 Y 10, EN
MADRID.

AUTOR: CASTO FERNÁNDEZ ITU-
RRALDE, ALUMNO DE LA ESCUELA
SUPERIOR DE ARQUITECTURA.

Nos han sido sugeridas las anteriores reflexiones, contemplando las fotografías que acompañan á estas notas. Son de un proyecto de reválida de carrera, obra del arquitecto Menéndez Pidal, de la última promoción salida de la Escuela de Madrid, y de una tienda decorada por el alumno de la misma Escuela, Fernández Iturralde. En las dos obras se ve la influencia ejercida en sus autores por los numerosos libros de arquitectura frecuentados en la Biblioteca de la Escuela. Ambas tienen para nosotros un ambiente de simpatía al hacernos recordar tantas horas pasadas agradablemente en la Biblioteca ó en las clases de proyectos de nuestra Escuela, cuando el único problema—y de no muy difícil solución trabajando algo—era conseguir el aprobado de fin de curso. Los Sres. Menéndez Pidal y Fernández Iturralde, dotados de excelentes condiciones para el ejercicio de la Arquitectura, formarán pronto en el grupo de profesionales de los que más puede esperarse para el desarrollo futuro de la construcción española.

T. B.



Chimenea de despacho en casa de D. Julio Cavestany.—Proyecto del alumno de la Escuela Superior de Arquitectura, de Madrid, Casto Fernández Iturralde.